

LA EXTRAÑA HISTORIA DE MEG SANDERS

AZUL

CHRISTOPHE PAUL

CHRISTOPHE PAUL

Y AZUL

La extraña historia de Meg Sanders

Traducido por Véronique Conesa

Titulo original: *Et Bleu - L'étrange histoire de Meg Sanders*
Traducción : Véronique Conesa
© Christophe Paul 2015

Diseño de la cubierta: Zinnia Clavo
1ª edición: octubre 2015

© Ediciones CreateSpace IPP
ISBN: 978-1517749828

Depósito legal: M-8953/2015

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

A Zinnia

PERSONNAGES

Meg Sanders	Protagonista
James Santana	Protagonista
Pedro Valdés	Novio de Meg en Nueva York
Anatol Borkowski	Casero de Meg en Nueva York
Beth Collins	Amiga de infancia de San Francisco
Mary Jane Pruitt	Amiga de trabajo de Meg
Rose Parsons	Abuela de Meg
Robert (Bob) Parsons	Abuelo de Meg
Maximiliano Santos	Tío Max, notario
Domenico Morelli	Detective de policía jubilado
Michelle la Rubia	Amante de Morelli, agente CIA
Roger Schmidt	Dueño del laboratorio High Biomed
Technology	
Catherine Schmidt	Mujer de Roger Schmidt
Gordon Bischof	Socio de Schmidt
Broin O'Reilly	Jefe de seguridad del banco
John Filley	Detective de McCall & Associates
Phillip Kuilan	Médico del Hospital General de SF
Jim Fitzpatrick Kennedy	Director del banco
Betty Kennedy	Mujer de Jim

1

United States of America
New York City – The Bronx

El despertador empezó a disparar las últimas noticias con un insoportable sonido nasal.

Una voz dormida y quejumbrosa, claramente femenina, gimoteó en la desangelada habitación de un siniestro edificio de ladrillos rojo oscuro, en una sucia y estancada calle del Bronx.

—Maldita sea, has vuelto a cambiar la emisora —refunfuñó Meg a la vez que desvelaba su bonito cuerpo desnudo echando la sábana a un lado de una patada certera.

—Hummmgrrruummoññ... —contestó un gruñido inconfundiblemente masculino a su lado.

—Ya, pero tú sigues en la cama. La que se tiene que levantar soy yo —replicó Meg con tranquilidad ensoñada, interpretando aquel sonido por experiencia o por noveno sentido femenino.

Apagó el despertador entreabriendo un ojo para ver la hora. Las seis. Siempre eran las seis. La habitación estaba en penumbra, daba igual que fuese verano, la luz exterior no llegaba hasta allí. Daba a la parte de atrás, al largo y estrecho callejón con sus viejas escaleras de incendio y sus chisporroteantes neones amarillos, obligándoles a tener una espesa cortina para conservar cierta intimidad. Las cuatro paredes desnudas y los escasos muebles estaban sumergidos en una homogeneidad gris indefinida. La tristeza de los desconchones sólo aparecía con la bombilla solitaria que colgaba del techo. Era provisional, todo era provisional, se irían a un sitio mejor en cuanto su suerte cambiase,⁶y parecía que estaba a punto de

cambiar.

Se sentó unos segundos en el borde mientras sus pies aún torpes buscaban las zapatillas.

—Huummaassunmbeso...

—¿Por qué no me lo das tú?, siempre tengo que ser yo —contestó Meg girando de nuevo hacia la cama y poniéndose de rodillas en el colchón para evitar la posición horizontal que habría podido perderla.

Le dio un beso en el hombro, otro en el cuello, le gustaba sentir el calor de su cuerpo y embriagarse con su olor mientras lo hacía, tenía la piel suave y morena todo el año. Pedro Valdés era de origen mexicano, pero con mezcla alemana que le daba su metro noventa y pasaporte norteamericano. Era muy guapo, demasiado guapo...

—¡Mierda! —murmuró sintiendo cómo se le caía una de las zapatillas que tanto le había costado encontrar a su pie derecho.

Saltó como pudo de la cama en el momento en el que Pedro en un gesto reflejo intentaba aprisionarla y arrastró su cuerpo dormido hacia el cuarto de baño, afortunadamente pegado a la habitación. La casa era pequeña, todo estaba cerca, incluso los vecinos.

Le devolvió la sonrisa a la guapa pelirroja que le daba la bienvenida desde el gran espejo estratégicamente colocado, único lujo del piso alquilado. Tal vez el capricho de algún ocupante anterior. Tenía la cara tersa, sin una arruga, los ojos azules y luminosos, y quién no con menos de treinta. Tal vez un leve rastro de ojeras delatase el ritmo cansino de su vida, aportando más fuerza a sus rasgos.

La anfitriona del espejo la siguió con el rabillo del ojo mientras enceberraba su rebelde melena de un inquietante rojo oscuro en un gorro transparente y metía su esbelto y pálido cuerpo en la ducha, debajo del espantoso ventanuco-tragaluz, única abertura al exterior que permitía eliminar algo de humedad.

No la perdió de vista en ningún momento, regalándole más sonrisas de aprobación. Sólo necesitaba unos días al sol para dorar su piel y dejar

atrás las huellas del enfermizo invierno. Debía de ser la única chica de Nueva York que no había ido todavía a la playa este año. El domingo cogían el ferry de Staten Island para ir a la poco frecuentada playa de Great Kills Park. El viaje, con sus espectaculares vistas a los rascacielos de Manhattan y a la Estatua de la Libertad, era gratis y cómo no, atestado de turistas. La playa de Long Beach, en Long Island, estaba más cerca pero era más cara, había que pagar por el trayecto y por la entrada, aunque era la más bonita, con una suave y fina arena blanca y unas maravillosas olas para surfear. Pero ella llevaba muchos años sin hacerlo.

Llegó a la pequeña cocina vestida con una camiseta blanca y su vaquero especialmente apretado para el trayecto en la hora punta. Se pondría la cazadora de tela al salir de casa. A esas horas todavía refrescaba.

Ya no se deprimía al entrar en ese humilde espacio decorado con muebles de formica y suelo de linóleo de los años cincuenta pasados de rosca. Había pintado de blanco todo lo que podía y más. No había quedado como a ella le hubiese gustado pero al menos estaba limpio y luminoso.

Rasgó una cerilla con un gesto habitual y encendió el fuego pequeño de la vieja cocina de porcelana que en otro tiempo fue blanca. Puso la pequeña cafetera exprés italiana a calentar y salió a por sus zapatos a la entrada echando una mirada al reloj del horno: las seis y media. Todo estaba en orden, tenía su media hora de intimidad con su café antes de ir a trabajar. La necesitaba.

Era su rutina diaria, de lunes a sábado. Sólo libraba los domingos y algunos sábados por la tarde. De ocho a dos y de cinco a nueve. Diez horas diarias y tres de descanso. Eso era el sueño americano, y ella era norteamericana... Lo había elegido, podía irse cuando quisiera, nadie la obligaba, era su oportunidad, había que empezar desde abajo, aprender el trabajo y ascender con esfuerzo y mucha dedicación.

2

El aroma del café recién hecho inundaba la diminuta cocina. Era uno de sus pocos caprichos, un buen café por la mañana para despertarse y empezar el día. Lo elegía ella y lo pagaba ella, como todo lo demás, de hecho. Pedro desayunaba un bol de leche con cereales hasta arriba con una cuchara grande y lo dejaba todo, salpicones en el mantel de plástico incluidos, para que ella no se aburriese a su vuelta a casa por la noche. Las lavadoras y la limpieza de la casa: el domingo por la mañana mientras él iba al gimnasio para no molestarla, y por la tarde, veían juntos una película en la televisión, él en el sofá, ella de pie detrás de la plancha.

Meg estaba sentada sobre la única silla, la otra estaba en el escueto salón comedor secuestrado por el ordenador y los manuscritos de guiones de Pedro.

Pedro escribía guiones para la radio, el teatro, las series televisivas y todo en general. Alguna vez había vendido uno dando un respiro al agobiado sueldo de Meg... alguna vez. Pero parecía que la suerte estaba a punto de cambiar. Desde hacía un mes, una importante agencia literaria se había interesado por su trabajo. Una de las editoras estaba trabajando en estrecha colaboración con él sobre un guion exclusivo. Incluso algunas veces seguían en el salón concentrados en los textos cuando volvía por la noche, a las diez. La editora, una mujer morena, joven, elegante y extremadamente educada, se disculpaba por robarle tanto tiempo y desaparecía respetuosamente por la puerta diciéndole que su marido tenía mucho talento. Inconscientemente le resultaba simpática porque usaban el mismo perfume.

Meg se sentía halagada aunque Pedro todavía no fuese su marido, le daba fuerzas para seguir con su trabajo. Llevaba cinco años en su puesto, esperando que se liberase un cargo de responsable y poder emprender su ascenso profesional.

Estudió una carrera de alta cocina en una de las mejores escuelas de Nueva York. Lo había pagado con la pequeña herencia que le dejaron sus padres y la ayuda de sus abuelos. Dejó su pasado en San Francisco por amor para seguir al guapo Pedro Valdés.

En un principio había venido aquí a estudiar con los mejores para luego volver y realizar su sueño: montar una pequeña panadería pastelería con servicio de catering. Sus abuelos estaban dispuestos a invertir en el proyecto con todos sus ahorros e hipotecando sus bienes si fuese necesario. Meg era su única descendiente, no quedaba nadie más, la querían más que a nada en este mundo. Robert Parsons, Bob para los amigos, era ginecólogo por vocación, por eso no era rico. Con casi ochenta años seguía asistiendo partos en su pequeña clínica de San Francisco y su abuela Rose había sido su enfermera hasta que su salud no se lo permitió. Ahora estaba en todos los comités de beneficencia en los que le permitían participar.

¡Cómo los echaba de menos! Llevaba tres años sin verlos. Le habían concedido unos días libres cuando su abuela Rose ingresó para un trasplante de hígado; le diagnosticaron una hepatitis C muy avanzada unos meses antes. Ahora parecía que todo iba bien. Hablaban poco por teléfono, sobre todo por sus horarios, pero lo hacían con regularidad.

Meg había conocido a Pedro en una fiesta durante el último curso. Se lo había presentado su amiga de clase de repostería, Mary Jane Pruitt. Un chico guapo, apuesto, locuaz, guionista... se enamoró llena de admiración.

A la semana siguiente de haberse diplomado, le ofrecieron un puesto en una importante franquicia de pastelería francesa en Manhattan, en Lexington Avenue, casi esquina con la 28th. Salió de la entrevista muy contenta, con unas perspectivas de futuro maravillosas, y allí seguía desde hacía casi cinco años, alternando su tiempo entre el obrador y el mostrador, con otras treinta personas y dos jefes de sección, esperando que le ofreciesen

un buen puesto de responsabilidad en la central o en uno de los establecimientos propios.

Encontró este pequeño piso en el Bronx, temporalmente, claro, y allí seguía. Pedro se mudó casi de inmediato, para estar cerca de ella y poder trabajar mejor que en el otro piso que compartía con un amigo.

Dos meses atrás había enchufado a su amiga Mary Jane gracias a una vacante por baja de maternidad. Esto le hacía los días más agradables, salían juntas durante las horas de descanso, generalmente comían sentadas en un banco del parque Madison Square frente al célebre Flatiron¹ y luego caminaban por Broadway o seguían la 5th Avenue unas manzanas hasta el Empire State, sólo tenían que cruzar Park Avenue. Otras veces cogían el metro, sobre todo los días soleados, y en cuatro paradas estaban en Central Park. Era más llevadero que volver a casa para estar una hora y regresar de nuevo. Salvo los tres últimos días en que Mary Jane se había disculpado cabizbaja antes de ir a sus quehaceres personales. La notaba rara y molesta. La parturienta había vuelto reclamando su puesto y el jefecillo de turno, un hombre de mediana edad, delgado y nerviosito con ojos saltones, tenía que tomar una decisión. No era un buen ejemplo echar a una empleada que acaba de dar a luz. El puesto de Mary Jane peligraba, pero era muy buena señal para ella que todavía no se hubiese tomado ninguna decisión.

Miró el pequeño reloj del horno: sólo faltaban cinco minutos para las siete. Se levantó, recogió rápidamente lo que quedaba de su desayuno y fue a despedirse de Pedro como acostumbraba a hacer.

—Me voy, son las siete —le dijo al oído dándole un beso—. Deberías de ponerte en marcha. ¿No me has dicho que venía hoy a trabajar contigo?

—¡Sí! Pero no llegará hasta las nueve, me da tiempo. Corre que tú sí

¹ El edificio Fuller o edificio **Flatiron**, como es más conocido, es un rascacielos centenario situado en Manhattan. Es de estilo *beaux arts* y fue diseñado por el arquitecto de la Escuela de Chicago, Daniel Burnham. Al igual que una columna clásica griega, su fachada de caliza y terracota está dividida horizontalmente en tres partes. Era uno de los edificios más altos de Nueva York cuando finalizó su construcción en el año 1902. Recibió su nombre oficial de George A. Fuller, fundador de la empresa constructora que financió la obra y que falleció en 1900.

que vas a llegar tarde.

Meg le dio un beso con sabor a café en los labios, se puso la chaqueta vaquera y le arrancó la sábana de un tirón, traviesa.

—Nos vemos esta noche, que trabajas mucho con la editora.

Pedro esbozó una sonrisa forzada y le dijo adiós lanzándole un beso con la mano, mientras con la otra buscaba la sábana para volver a taparse. Qué guapo era, qué cuerpo de pecado... le invadió la tentación de llegar tarde al trabajo. Pero ahora el ambiente estaba muy tenso en la panadería y ya habían volado cabezas por menos. Últimamente lo hacían poco, Pedro estaba demasiado absorto y preocupado con su trabajo. A veces se le veía realmente agotado.

Tenía que irse, era un trayecto de unos 40 minutos de metro y unos 10 pellizcos en el trasero en plena hora punta por la línea 4. Aunque con su vaquero apretado, tenían poco donde agarrar.

3

—Aquí tiene sus cruasanes y su café con leche y canela, ¿desea algo más? —preguntó Meg, y ante la negativa, pasó al siguiente cliente mientras cobraba del billete de cinco dólares que le habían dado.

—¿Qué le pongo? Hoy tenemos los *croissants beurre* en oferta...

Trabajaba con una sonrisa amable, de una manera rutinaria; al cliente le daba igual, ellos venían a desayunar, que les atendiesen con amabilidad y una gran sonrisa ya era mucho. Algunos se llevaban el desayuno en una pequeña bolsa de papel a la oficina, otros lo iban tomando por el camino y los más poderosos se sentaban unos minutos en las mesitas redondas estilo parisino.

También llevaban a domicilio, pero era sobre todo al mediodía y por la noche, cuando los oficinistas no tenían tiempo de bajar a comer, o se quedaban tarde y pedían los deliciosos sándwiches y bocadillos de *baguette* recién hechos. Salvo los domingos en que los ricos del barrio encargaban sus sabrosos *brunchs* o un *catering* para el mediodía o la merienda.

Había entrado por la puerta de atrás a las ocho menos cuarto, como siempre, y a las ocho estaba en su puesto, perfectamente uniformada con su chaqueta blanca de finas rayas grises, a juego con el pantalón, y su melena rojo oscuro recogida dentro de un gorro plano de cocinero, ligeramente inclinado a la derecha.

Hoy tocaba mostrador, por lo menos no pasaría tanto calor. El local era amplio, con un gran escaparate por el que entraba mucha luz de la calle.

Los mostradores estaban en un costado y al fondo, formando una gran L. Detrás de él, unas puertas permitían acceder a las zonas de trabajo por las que un incesante ajetreo de cocineros impecablemente vestidos de blanco no dejaban de rellenar los estantes, revoloteando alrededor de los dependientes. La norma hacía hincapié en que no se viese nunca el fondo de una balda, los clientes tenían que quedarse con sensación de abundancia. El resto de la sala era una reproducción a la americana de un *bistrot* parisino.

Meg no había visto a Mary Jane. Preguntó; nadie sabía nada. La víspera habían salido juntas, Mary Jane tenía prisa y se marchó sin apenas hablar. ¿Estaría enferma o llegaría tarde por algún motivo? Mal asunto ahora que su puesto estaba en peligro. Ya eran las nueve menos cuarto y no había dado señales de vida. El encargado tampoco, pero solía ocurrir, a veces terminaba extremadamente tarde por la noche y se permitía llegar con retraso. Privilegios de los jefes... Con un poco de suerte no se daría cuenta de la ausencia de Mary Jane; si llegaba antes que él.

—Meg, Ojos de Huevo quiere verte en su oficina en cinco minutos. Termina ese cliente y te cojo el turno.

Meg miró a la compañera que le había hablado. Ojos de Huevo era el apodo del jefecillo, el encargado de la tienda. Lo primero que se apreciaba al conocerlo eran esas dos protuberancias a cada lado de la nariz, que parecían moverse por libre. Podrían haberle llamado camaleón, pero sonaba demasiado distinguido.

Seguro que quería saber dónde estaba Mary Jane. Como era amiga suya y la había recomendado...

—Querrá saber qué ha pasado con Mary Jane, no sé qué le voy a contar. No he hablado con ella desde ayer por la noche cuando salimos —dijo Meg terminando su cliente y dejando el sitio a su amable compañera.

—No creo que sea eso, han llegado juntos en el coche de Ojos de Huevo. ¡Suerte!

—Se habrá liberado un puesto en la sede... —pensó en voz alta mien-

tras salía por una de las puertas esquivando por poco a uno de los cocineros reponedores y bajo la mirada comprensiva de la compañera portadora del misterioso mensaje.

“Sólo puede ser eso”, se repetía Meg mientras cruzaba el sofocante obrador para atajar en dirección a la oficina. Llevaba casi cinco años esperando en silencio lo que le habían prometido en la entrevista. Ya era hora de que cumpliesen.

Mary Jane salía del pequeño vestuario del personal en el momento en que ella cruzaba el pasillo para llamar a la puerta del encargado.

—Me han dicho que has llegado con Ojos de Huevo. Me ha llamado, luego me cuentas.

Mary Jane no dijo palabra, no fue capaz de mirarla a la cara, parecía descompuesta. Meg se quedó preocupada por ella. ¿Qué habría pasado? Estos últimos días estaba rara. Hablaría con ella durante la hora de la comida. Se encogió de hombros mirándola desaparecer rápidamente por el pasillo.

Llamó a la puerta y entró con una gran sonrisa en la cara.

—¿Me ha hecho llamar, señor?

Ojos de Huevo parcialmente tapado por la pantalla levantó la vista de los documentos que estaba estudiando y la miró intensamente, como solía hacerlo.

Meg sabía que le gustaba. Había intentado invitarla a salir en más de una ocasión. Incluso la última vez se había sobrepasado y tuvo que pararle los pies drásticamente. El acoso era el tipo de escándalo que te podía costar la carrera, sobre todo en Estados Unidos. Desde entonces se mantenía a raya, mirándola de lejos, dolorido.

Analizándolo bien, puede que hoy su mirada tuviese un punto de ironía, tal vez de cinismo.

—Sí, señorita Sanders. Como bien sabrá, en esta empresa no toleramos a los empleados informales que llegan sistemáticamente tarde al trabajo y...

Le pareció raro que la llamase señorita Sanders en vez de Meg, sobre todo en su oficina, a puerta cerrada. Pero se focalizó en defender a su amiga, sólo había llegado tarde hoy y no era para tanto. No le dejó terminar la frase:

—Es la primera vez que Mary Jane llega tar...

—Por favor, señorita Sanders —la cortó con tono extremadamente sarcástico—, está más que comprobado que la señorita Mary Jane es una empleada ejemplar.

Meg lo miraba con expectación. ¿Se estaba burlando de ella o había abusado de los bombones de licor que tanto le gustaban? Era un secre-

to a voces, todos lo sabían. Incluso los pasteleros hacían una tanda de más para que no se notase su paso por la despensa. Pequeño detalle hacia el jefe.

—Hablo de usted.

Meg se sobresaltó de la sorpresa y no pudo articular palabra. Debía de estar bromeando, algún toque de humor negro desconocido en él.

—Todos sabemos que usted no es puntual y que se escaquea de sus tareas en cuanto tiene ocasión, está todo apuntado aquí —decía golpeando su cuaderno con el índice bien recto sin dejar de mirarla fijamente—. Cualquier empleado lo podrá corroborar. Y la situación ha llegado a tales extremos que ya no puedo protegerla. No sería honesto hacia sus compañeros que se esfuerzan en hacer bien su trabajo. La señorita Mary Jane Pruitt ocupará su puesto. Está despedida a partir de este mismo instante.

5

Meg miraba al encargado consternada, abriendo más sus grandes ojos azules. Su boca intentaba articular alguna palabra sin conseguirlo a la vez que sus manos subían y luego caían inertes.

De pronto todo se hizo evidente. Había acosado a Mary Jane y había dado en el clavo. Mary Jane Pruitt necesitaba desesperadamente ese trabajo.

Por eso se comportaba de manera tan rara desde hacía unos días. Había conseguido acorralarla y ahora se vengaba de ella sabiendo que no montaría ninguna escena que pudiese comprometer la situación de su amiga.

Él tuvo la certeza de que ella había entendido. Su placer no habría sido total de ser lo contrario. Su venganza era completa.

—Aquí tienes tu finiquito, cámbiate y desaparece. No quiero verte más por aquí, ni como clienta. ¿Entendido? —remató levantándose, dando por finalizado el encuentro y tendiéndole un sobre.

Meg, que había estado de pie todo ese tiempo, dio un paso hacia él muy recta, callada, indignada y presa de una inmensa rabia contenida. Se acercó mirándolo fijamente a los ojos y alargó la mano izquierda para coger el sobre que le presentaba con la derecha. Lo cogió pero él lo retuvo fuertemente, jugando con su poder. Seguía mirándolo fijamente, sus ojos fulminando, él aguantaba satisfecho y seguro de sí mismo. El encargado volvió a llevar el sobre hacia él con un pequeño tirón para reforzar su victoria, exhibiendo una sonrisa cínica y frunciendo de placer sus ojos saltones, aumentando su protuberancia.

Meg no pudo más, tiró de golpe el sobre hacia ella a la vez que le

propinaba un fuerte puñetazo en el huevo duro izquierdo. La cara del encargado seguida del resto del cuerpo fue a aterrizar contra la mesa abarrotada de albaranes y facturas sin clasificar, esparciendo estrepitosamente todo por el suelo, pantalla y teclado incluidos.

Meg sacudió su mano. Le dolía, el golpe había sido tremendo. Era su primer puñetazo, no lo había hecho del todo mal, pensó.

Se acercó al hombre que intentaba liberarse de los cables del ordenador y levantarse gimiendo mientras se sujetaba la cara.

—Me has dejado tuerto, te voy a demandar, vas a ir a la carc...

Meg se agachó, apartó la pantalla y levantó de nuevo el puño, él se revolvió protegiéndose el rostro.

—¡Escúchame bien, pedazo de mierda, voy a mandar a mis amigos a por ti, prepárate!

Y se dirigió a la puerta. Antes de salir se volvió hacia él. Estaba levantándose. Ya tenía el hematoma invadiendo el lado izquierdo de la cara, el ojo parecía la punta de una berenjena al horno.

—Otra cosa, aquí todos te llamamos “Ojos de Huevo”, aunque ahora no sé si habrá que cambiarlo.

Cerró la puerta con cuidado y educación al salir.

6

Meg salió a Lexington Avenue por la puerta de los artistas, cargada de adrenalina y con la cabeza alta. Caminó hacia el sur entre la muchedumbre de la hora punta, dejando atrás el lugar en el que había estado cinco años esperando su promesa de futuro, giró mecánicamente por la 23th, mirando sin ver el gran toldo amarillo cutre de Mike's Papaya, anunciando sus *pizzas* baratas.

Su cabeza no dejaba de cavilar, repasaba la situación, lo que había hecho, la posición de Mary Jane, su futuro inmediato, en la calle, sin ahorros, a principios de mes...

Se sentía orgullosa de sus actos. Menudo puñetazo le había atizado, todavía le dolía la mano. A ver quién era el guapo que se metía con ella ahora. Y era el primero, con un poquito de entrenamiento... Esta tarde, durante el descanso, llamaría a Mary Jane. Si no le cogía el teléfono, le mandaría un mensaje contándole lo que había ocurrido y diciéndole que no se dejase acosar más por semejante individuo. Ahora ya no la podía echar a la calle. Y respecto a su situación financiera, Pedro estaba a punto de firmar un buen contrato, seguro que podría pedir un anticipo. Así, ella tendría tiempo de buscar un trabajo a la altura de sus estudios. Volvería a la escuela para hablar con el responsable de la colocación. Con su finiquito tendrían para aguantar unos meses, llevaba casi cinco años trabajando y no había tomado más de unos días de vacaciones tres años atrás para ir a San Francisco a ver a sus abuelos.

¡El finiquito! No lo había mirado.

Un fuerte pitido la apartó de sus pensamientos.

—¡Mira por dónde vas! —gritó un gigante taxista de color, encajonado detrás de su volante, sacando un enorme brazo moreno por la ventanilla de su coche amarillo.

Sus pasos la habían llevado a Madison Square Park, por la entrada de Broadway, en la esquina del Flatiron. Y estaba cruzando sin mirar. Pero, ¡qué demonios! Estaba en el paso de peatones.

—¡Idiota! ¡A ver si aprendes a conducir! Bájate si te atreves —contestó en el mismo tono, levantando el puño, envalentonada con su primera hazaña.

El taxista volvió a pitar alzando su descomunal brazo en un gesto obsceno mientras se alejaba tranquilamente por Broadway.

—Cobarde —masculló Meg entrando en el pequeño parque.

Avanzó unos metros por los impolutos adoquines de los caminos, adentrándose en el frescor del jardín y se sentó en un banco frente a la fuente, dándole la espalda al presidente Chester Alan Arthur plantado en su pedestal de granito. Al fin sacó la carta de su bolso.

Miró un instante cómo las gotas del chorro rizaban la superficie del agua al caer, retrasando el desagradable momento de verificar un mal presentimiento. Respiró hondo y la abrió.

—¡Mierda, qué hijo de puta! —exclamó al ver el talón de trescientos dólares—, aquí falta al menos un cero, te voy a...

La invadió una rabia descontrolada, estuvo a punto de desandar el camino y darle su merecido con un segundo puñetazo en el otro ojo. Pero la sensatez fue más fuerte y se tranquilizó. No podía hacer nada, o tragaba o se enfrentaba a la empresa ante los tribunales. Esto significaba mucho dinero y referencias negativas. Por lo menos estaba al día en todos sus gastos, la semana pasada cuando había cobrado su salario, le había dado a Pedro el dinero del mes para el alquiler y las compras. Pedro se ocupaba de la parte financiera, tenía más tiempo que ella, se quedaba todo el día escribiendo en el pequeño piso o iba al gimnasio, o al cine buscando la inspiración. Las compras las hacía en el *drugstore* de la esquina. Salvo los sábados en que ella libraba por la tarde y se iban al centro comercial. En

metro.

Después de un largo momento buscando paz y tranquilidad entre los delicados parterres floridos del parque, decidió volver a casa para hacer lo que había dejado pendiente esta mañana por culpa del trabajo: darle su merecido a Pedro. De pronto le apetecía mucho. ¡Muchísimo! Seguro que eran efectos secundarios de la adrenalina, sumados al recuerdo del cuerpo desnudo y moreno de Pedro entre las sábanas. Sentía cierto dolor placentero sólo con pensar en ello. No más sufrimientos por hoy, había que cambiarse las ideas con algo positivo...

Sacó el móvil para llamarlo. ¡No! Mejor darle una sorpresa. No le apetecía tener que contarle por teléfono lo que había pasado.

Meg terminó de bajar las escaleras metálicas del metro aéreo con una repentina punzada de inquietud indefinida. Su agudizada intuición femenina se había puesto en marcha nada más pisar la bulliciosa calle del Bronx, y no tenía ninguna duda de que la cosa iba con Pedro. Lo sentía por dentro. Tal vez no se había parado a pensar en su reacción. ¿Cómo se tomaría que la hubiesen despedido? ¿Le podía contar que su jefe la acosaba desde hacía tiempo? ¿Se enfadaría porque ya no tenían la seguridad de su sueldo? Tal vez se asustaría por el puñetazo o por las consecuencias que ese gesto pudiese desencadenar.

Miró al pasar las mesas rojas del Kennedy's Chicken & Pizza y su menú barato, donde solían comer enamorados los días en que no le había dado tiempo a comprar la cena porque había escrito mucho. ¡No! Pedro no era de esos, nunca se enfadaría por una cosa así.

Entonces, ¿de dónde provenía esa pequeña angustia que le estrechaba el corazón y le impedía deleitarse con anticipación de los momentos que iban a gozar juntos en cuanto llegase a casa? Seguramente un efecto secundario, consecuencia de los acontecimientos de esta mañana.

¡No tenía por qué sentirse culpable!

Limpió su mente y aceleró el paso para recorrer las cuatro manzanas que la separaban de su casa.

Ahora ya estaba acostumbrada, pero le había costado algún tiempo. Todo era muy parecido, manzanas enteras de edificios de ladrillo rojo oscuro, cada uno con su pequeño porche, sus cuatro o cinco escalones y su

barandilla de hierro forjado. Los callejones oscuros que permitían llegar a los patios en los que colgaban las oxidadas escaleras de emergencia, y la misma gente por todas partes, en las aceras, las tiendas, los coches... La mejor manera era guiarse por los pintorescos comercios, primero pasar delante del colorido *drugstore* Issac Dely Grocery & Tobacco, girar a la derecha en la esquina de la siniestra casa de empeño J. K. Larry Jewelry Exchange, contar dos portales después de pasar D. D. Bakery y su dudosa bollería...

Y ya está. Había llegado a su destino. Sólo le quedaba subir los cuatro escalones de ladrillo y cemento, empujar el portal que siempre estaba abierto de día y subir los dos pisos por la crujiente escalera de madera pintada de marrón, ¿o era roña? Y allí estaría Pedr...

—Buenos días, señorita Sanders, ¿cómo está? Qué gusto verla entre semana. ¿Ya le han dado buenas noticias?

Meg miró a la sonrosada masa adiposa, sudorosa y mal afeitada que acababa de surgir a su lado, del otro lado de la barandilla de la escalera de acceso al edificio.

—Buenos días, señor Borkowski —contestó Meg esforzándose en interpretar las palabras del hombre.

Era el casero, o para ser más preciso, el que se ocupaba de la casa, del edificio entero, de su mantenimiento, limpieza —así estaba—, y de que se respetase el reglamento —su reglamento, que podía cambiar según el inquilino y el peloteo que le hiciesen—. Pero ella se llevaba bien con él desde el principio. Siempre se habían tratado con mucho respeto y Meg le daba su paga mensual: dos billetes de diez dólares encerrados en un bonito sobre de papel azul con su nombre escrito en letra cursiva. El señor Borkowski estaba encantado con este gesto, no era tanto por el dinero en sí, sino por la manera que ella tenía de hacerlo. No se lo daba como una limosna o un soborno, como otros. Se lo daba con mucha educación, como un presente, en un sobre azul. Le recordaba a cuando era pequeño, en Varsovia, cuando su abuela le entregaba el aguinaldo del nuevo año,

también en un sobre azul de papel grueso y perfumado. Qué tiempos tan felices aquellos, aunque fuesen en la escasez de un régimen político totalitario. Más tarde emigraron, vinieron a reunirse con un supuesto tío y otros amigos de la familia que habían salido adelante en el país de las oportunidades. Y aquí estaba él, cuidando de los bienes de su supuesto tío, con un mísero sueldo, sin cobertura social, sin pelo y con al menos cincuenta kilos de sobrepeso, viviendo en el cochambroso entresuelo de un edificio descuidado. Nadie le había preguntado qué es lo que prefería; le había tocado.

—¿A qué buenas noticias se refiere? —preguntó Meg alisándose la camiseta a la altura de la tripa con la palma de la mano, pensando que tal vez el señor Borkowski creía que estaba embarazada.

—Lo de su trabajo. Pedro me ha dicho que no le diga que me lo ha dicho, pero yo sé que usted no es tonta y que al no pagar el alquiler él me lo tenía que contar, ¿verdad?

Meg se tuvo que agarrar a la barandilla para no caer. De qué narices le estaba hablando el señor Borkowski. Nunca le había visto bebido, ni siquiera alegre. Es verdad que no tenía un aspecto muy agradable, y que era un poco corto de luces, pero de ahí a divagar...

—¿Se encuentra bien señorita Sanders?

—Sí, gracias. ¿Me puede decir qué le ha contado exactamente Pedro?

—La verdad. Que tiene problemas en el traba...

—¿Pedro le ha contado eso?

—Sí, señorita Sanders, pero mi tío, es decir, el propietario, dice que tienen que procurar pagar algo o si no tendré que echarlos.

Meg no entendía cómo Pedro se podía haber enterado tan pronto de que la habían echado del trabajo. A lo mejor había llamado a la panadería para hablar con ella y se lo habían contado. Los empleados tenían la obligación de apagar sus teléfonos móviles y dejarlos en las taquillas durante las horas de trabajo. Si había alguna cosa importante, se podía llamar a la tienda, y según el grado de urgencia te avisaban o te daban el mensaje. Pero

no entendía por qué había esperado hasta hoy para pagar el alquiler. Ella le había dado el dinero la semana pasada. Pedro estaba muy despistado desde que trabajaba en su nuevo guion, ahora mismo le diría que pagase el mes. No quería ponerse a mal con el casero y quedarse en la calle sin previo aviso. Qué vergüenza.

—Sólo estamos a principios, ahora mismo le digo a Pedro que le baje el alquiler del mes.

—Tendría que ser más —dijo el señor Borkowski con cara realmente afligida por la situación.

Meg se quedó desilusionada por la codicia del ser humano, el respetuoso señor Borkowski quería su pequeña comisión.

—¿Y cuánto quiere usted? —le pregunto directamente.

—Mi tío me ha dicho que con dos meses...

—¡Dos meses! —exclamó Meg ofuscada por la suma. Le iba a cobrar un mes de comisión por una semana de retraso.

Abrió la boca para replicar, y a lo mejor atizarle uno de sus nuevos puñetazos, pero el casero se anticipó amablemente:

—Es la mitad de la deuda, señorita Sanders, si no hacen un esfuerzo, yo ya no podré protegerla.

—¿La mitad de la deuda?, no lo entiendo...

—Es muy fácil, señorita Sanders, llevan tres meses sin pagar el alquiler y con éste que acaba de empezar, son cuatro.

El casero la miraba realmente preocupado, la señorita Meg pelo rojo, como la llamaba él para sí mismo, parecía muy afectada, estaba pálida y descompuesta. Le tenía mucho cariño, era la primera persona que le había tratado de igual a igual, con respeto y tal vez con cierto afecto; o así lo había querido ver él. Y llevaba casi cinco años haciéndolo, siempre con la misma amabilidad y siempre con unas palabras agradables, preguntándole cómo estaba, aunque se cruzasen en las escaleras o por la calle cuando ella iba con prisa.

—Si quiere, puedo prestarle mis ahorros, sólo tengo quinientos dólares, ya me los devolverá cuando pueda —le propuso más afligido que ella.

Meg lo miró detenidamente, como si lo viese por primera vez. Bajo esta capa de grasa sonrosada y sudorosa había un ángel dispuesto a sacrificar sus ahorros para ayudarla. Se sintió conmovida.

—Muchas gracias, señor Borkowski, se lo agradezco mucho, de verdad. Pero espero que todo esto se pueda solucionar en muy poco tiempo. Ahora mismo voy a hablar con Pedro y enseguida bajo a pagarle todo lo atrasado.

Meg soltó la barandilla que tenía agarrada con todas sus fuerzas, se giró hacia la entrada del edificio y terminó de subir mareada, los dos escalones que le faltaban.

—Señorita Sanders, ahora no debería...

—No se preocupe, señor Borkowski, voy a aclarar esto y enseguida bajo.

El casero miró cómo la puerta de entrada se cerraba con un ruido seco. Meg pelo rojo había desaparecido.

—Nunca llega tan pronto —murmuró sacudiendo la cabeza con impotencia.

8

—¿Qué habrá pasado? —repetía Meg sin cesar muy preocupada mientras subía a toda prisa la descuidada escalera.

Tenía que ser algo gordo, porque si no, no había explicación. Un descuido de unos días, lo podría entender, pero cuatro meses... ¡Cuatro meses! ¡Joder! Eran muchos meses para un descuido. Y eso de decirle al casero que ella tenía un problema en el trabajo. Algo fallaba.

—¡Espero que esté en casa! —dijo para sí misma introduciendo la llave en la cerradura—. Por Dios, que no esté en el gimnasio.

Meg entró como una exhalación, pasó delante de la cocina vacía y llegó al pequeño salón comedor.

Vacío.

Todo estaba en su sitio, el ordenador apagado, los documentos como ella los había ordenado la víspera. Hoy no había trabajado.

Entonces se acordó. ¿No venía la editora a trabajar con él esta mañana? La punzada de angustia que había rechazado desde su salida del metro se hizo más fuerte aprisionándole el corazón, al mismo tiempo que su cerebro la autorizaba por fin a percibir los primeros suspiros de la casa vacía.

—No, por favor, no me hagas eso, hoy no —murmuró con voz quejumbrosa.

Salió paralizada al pasillo, dos pasos que duraron una eternidad. Dos más y estaba delante de la puerta de la habitación que susurraba de placer, entreabierta.

9

Tuvo que reunir todas sus fuerzas para poder empujar la puerta, con miedo, con respeto, suavemente, y desvelar poco a poco la imagen de dos cuerpos brillantes llenos de sensualidad y pasión. Ella arriba moviéndose rabiosa, a punto de culminar, y él crispado, aguantando para esperarla, la mirada fija en el baile frenético de sus senos tersos de placer.

Ella arrancó la primera, con un largo grito ronco, la nuca rígida, la cabeza ligeramente ladeada en una mueca dolorida, mientras sus manos parecían tetanizadas en el aire. Todo se quedó así fijado unos segundos, incluso el grito. Y alguien debió de dar de nuevo al *play*, a cámara rápida, con un ritmo desenfrenado y unos alaridos alarmantes. Pedro se rindió, la boca crispada en un grito casi mudo, era el momento esperado. Se notaba sincronización, estaban bien compenetrados, se sentía la experiencia de una pareja que se conoce.

Fue el instante en que la vio, postrada en el marco de la puerta, de pie, los brazos colgando a lo largo del cuerpo, con una mirada de incompreensión, tal vez de admiración, ¿o era repugnancia?, fijada en él.

—¡No pares, joder! ¡Ahora no! ¡Sigue! —gritó fuera de sí la morena editora amazona.

Se percató de la mirada atónita de su montura.

—¿Qué? —preguntó con voz de mando puntiaguda y desfasada sin dejar bajar el ritmo.

Pedro fue incapaz de contestar, intentando superar la visión y haciendo un gran esfuerzo para recuperarse de su placer frustrado en plena culminación. Su garganta se negaba a emitir una sola palabra.

La editora se giró hacia la puerta.

—¡Joder! —dijo parando en seco, la libido cayendo en picado, la cara demacrada y el maquillaje corrido.

10

—No es lo que parece. Te lo puedo explicar —gritaba la puerta—. Ábreme, Meg, por lo que más quieras, ábreme, deja que te explique. Era por nuestro futuro, ella no es nada. Me oyes, Meg...

Meg había tenido el reflejo de cerrar la puerta antes de que reaccionasen del todo y había echado el pestillo. Siempre se había preguntado por qué la puerta del dormitorio tenía un cerrojo tan grande y además estaba por fuera. Pues bien, ahora lo sabía. Para encerrar a los malditos amantes y que te dejen hacer la maleta para largarte tranquilamente.

Estaba en el cuarto de baño recogiendo a toda prisa sus potingues varios. Cuántas cosas se acumulaban en cinco años, casi todo era suyo, algunas no las usaba desde hacía siglos, otras ni se acordaba de que existían. Todo iba a parar rápidamente a la pequeña papelera. Se quedó pensativa ante su perfume. El perfume que le había regalado Pedro cuando vino a instalarse. Y que siguió usando porque le gustaba. El mismo perfume que usaba la editora amazona... ¿El mismo perfume...? Un frasco que solía durar medio año y que últimamente se evaporaba, “seguramente por un defecto del vaporizador”, decía Pedro. A la basura, volvería al que se ponía antes de conocerlo o buscaría otro. ¡JODER! Ahora entendía por qué a veces encontraba su toalla húmeda. Que use su perfume... pero su toalla... ¿y si le había pegado alguna porquería? Tiró más cosas con rabia, no quería llevarse nada que le pudiese recordar al señor Valdés y sus engaños. NADA.

Hizo lo mismo con la ropa. Afortunadamente no había sitio en la habi-

tación para una cómoda y todo estaba en el armario del pasillo. Tampoco quería llevarse una maleta demasiado grande. No sabía dónde iba a ir a parar al salir de allí y no era cuestión de cargar con la casa entera. Eligió la que le habían regalado sus abuelos cuando fue a Nueva York por primera vez, una maleta semirrígida en tonos rojos con dibujos de los monumentos de Venecia. La eligieron ella y su abuela Rose en una tienda cercana a la consulta. Le tenía cariño y no pensaba dejarla. Su abuelo le había puesto una pegatina de la consulta justo debajo del asa, “para hacerla más única”, dijo.

Pedro no se cansaba de gritar desde la habitación.

—Meg, te lo suplico, abre, sólo ha sido esta vez. Te lo prometo. Ábreme, Meg, te lo puedo explicar todo.

—¿No habías dicho que nunca volvía del trabajo antes de las diez de la noche? Menuda metedura de pata —decía la editora de fondo.

—Nunca ha vuelto tan pronto, debe de haber pasado algo importante —contestaba Pedro con voz bajita, casi conspiradora, que no tenía nada que ver con el tono suplicante de unos instantes atrás.

—Todas mis cosas están en la cocina y mi móvil está en el bolso, no puedo llamar.

Meg estaba callada detrás de la puerta escuchando cada palabra. Así que la editora tenía sus cosas en la cocina.

—¡Meg, por favor ábreme, tenemos que hablar! —gritó Pedro golpeando la puerta.

Meg que estaba con la oreja pegada, concentrada en escuchar lo que decían en voz baja, se sobresaltó fuertemente.

Fue a la cocina. Efectivamente la editora tenía su bolso y una chaqueta de verano en la cocina, colgados de la única silla. También estaban la falda y un tanga perfectamente doblados sobre el asiento. Miró en el suelo, nada.

—Es de las que lo hacen con los zapatos puestos —dijo para sí mis-

ma, sarcástica.

—Meg, escúchame, tenemos que hablar —gritaba Pedro a través de la puerta.

Abrió temerosa y cabreada el congelador, sacó la *pizza de pepperoni*, miró en el envoltorio de cartón y extrajo una bolsa de congelar con *zip*: la caja fuerte de la casa. Volcó el contenido sobre la mesa y contó los billetes que había. Setecientos veinte dólares. El dinero para las compras del mes después de pagar el alquiler. Lo metió sin dudarle en su apretado bolsillo. Ahora la billetera de Pedro, en su chaqueta, en la entrada. La vació totalmente sobre la mesa de la cocina. Dos mil ciento cincuenta dólares y algo de calderilla. El dinero de mes y medio de alquiler. ¿Qué estaba pasando? ¿A qué estaba jugando Pedro? Hurgó en un manojito de papeles: facturas de restaurantes cuidadosamente clasificadas por fecha, el Four Seasons cerca de Park Avenue, The Modern, pegado al MOMA, entre la 5th y la 6th Avenue, el Masa, un japonés esquina con Broadway, The River Café en Brooklyn... dejó de mirar y lo tiró todo con rabia al suelo, ninguna bajaba de doscientos dólares y todas eran para dos cubiertos. Una, fechada antes de ayer. Eran todos restaurantes de lujo, a los que ellos nunca habían podido ir.

—Meg, abre, por fav...

—¡Cállate, hijo de puta cabrón! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones, el cuerpo completamente tenso y arqueado y los puños cerrados.

Pedro se quedó callado.

Pasó el brazo por la mesa y tiró todo al suelo. Agarró el bolso de la amazona cuya visión en la cama no podía borrar y lo volcó en el mantel de plástico, miró dentro para ver si había quedado algo y se puso a investigar el contenido. Todo lo que una mujer necesita para salir de un apuro y seguir guapa en cualquier momento, pero de mala calidad, marcas chinas desconocidas, salvo la polvera y el carmín rojo que eran de Dior, para impresionar a la galería cuando se sacan. Móvil última generación. Una impresionante agenda de trabajo llena de papeles y de *Post-it*, una enorme

pluma estilográfica sin tinta y dos elegantes bolígrafos. Abrió la agenda por curiosidad, vacía, salvo algunas citas con la peluquería, el dentista y algún nombre de chico con un teléfono. Los *Post-it* eran para hacer que hacía.

Se mosqueó y vació también la billetera de la editora sobre la mesa. Aparte de cuatro preservativos, la foto de una anciana y su *Green Card*¹, sólo había tarjetas de crédito de cartón de las que vienen con la billetera al comprarla. Le alivió los quince dólares que encontró y miró la *Green Card*: Sandra Milena Londoño Pajón, colombiana, residente en un suburbio de Queens. Todo esto no cuadraba con la mujer morena, joven, elegante y extremadamente educada, editora en una importante agencia literaria. O Pedro había caído en las redes de una lista o le estaban tomando el pelo los dos.

No quiso averiguarlo, había tomado una decisión. Se iba, no quería saber nada de Pedro ni de la amazona. Tenía mucha rabia, muchísima rabia. Le apetecía darles un puñetazo de los de esta mañana a cada uno por arruinarle la vida de esa manera. Volvió a pasar el brazo por la mesa para tirarlo todo al suelo. Que lo recojan. Un destello luminoso llamó su atención al caer sobre la ropa doblada de la silla. Una tarjeta de identificación con su cordón amarillo flúo. El pase de entrada de alguna oficina, con la foto de... era telefonista... en una agencia literaria, sólo telefonista.

—Golfa, ahora verás, esto no queda así.

Sacó con decisión unas tijeras de cocina del único cajón que funcionaba y cortó las diminutas bragas de encaje que estaban tan cuidadosamente dobladas, en mil pedazos.

—De todas maneras, eran tan pequeñas que no te vas a dar ni cuenta de que no las llevas —pensó en voz alta.

Miró su obra diseminada por el suelo. Se sentía un poco mejor. Suspiró y se sentó un segundo.

¹ La Tarjeta de residencia permanente en Estados Unidos, conocida popularmente como **Green Card**, es un documento de identidad para residentes permanentes en los Estados Unidos de América que no posean la nacionalidad estadounidense. Los poseedores de esta tarjeta tienen derecho a residir y trabajar en el país.

—¡Meg, por Dios abre ya! Tenemos que hablar. No seas tan terca. ¡Abre!

—¿Terca yo? ¿Terca? Yo lo que estoy es cabreada —masculló rabiosa.

Cogió la falda, la miró detenidamente. Era ropa buena, de la cara, agarró las tijeras y se desahogó. Se desahogó con la chaqueta, con el pantalón de Pedro, fue a la entrada y desgarró toda la ropa que encontró colgada del perchero, incluso una gabardina suya. Se sentía mejor. Remató el asunto con la ropa que quedaba en el armario.

Se acercó a la puerta de la habitación, sólo se oían cuchicheos.

—Me voy. Hacéis buena pareja follando, una telefonista y un guionista fracasado con mucho talento. ¡Adiós!

Recogió su maleta y salió del piso sin una mirada atrás.

—Meg, ábrenos, no nos dejes así.

Les llegó el sonido del portazo de Meg al salir. Se había quedado a gusto.

Meg salió del edificio, cerró la puerta tras ella y respiró profundamente. Ya había acabado todo. Qué mañana llevaba, había perdido su trabajo y a su novio en menos de dos horas. Tenía dos imágenes grabadas en la memoria, su puño estrellándose sobre el ojo huevo de su jefe y el cuerpo voluptuoso y brillante de sudor de la amazona moviéndose frenéticamente... Tenía que reconocer que era muy guapa, igual que Pedro, hacían buena pareja de verdad. Se le encogió el corazón, le entraron ganas de llorar. Pero no lo haría. Tenía que ser fuerte y pensar en lo que iba a hacer ahora. Volvió a respirar hondo.

—Veo que lo ha solucionado, señorita Sanders —dijo el casero que parecía no haberse movido ni un palmo desde que lo dejó media hora antes.

—Sí, señor Borkowski, totalmente solucionado. Me marchó y no volveré.

—Me lo imaginaba —contestó el casero señalando la maleta llena a reventar—. Qué poco abultan cinco años de convivencia. La echaré de menos.

Meg metió la mano en el bolsillo y sacó el manojó de billetes.

—He conseguido recuperar algo del dinero, pero no va a ser suficiente para...

—No lo voy a coger, usted lo necesitará más que mi tío. Él ya tiene mucho. Cambiaré los nombres del contrato y me encargaré de que Pedro pague, y si no, tendrá que ir a vivir con ella. Si me da las llaves iré a

liberarlos.

—Liberarlos... las llaves... Tome, aquí las tiene. Pero por favor, espere a que me haya alejado lo suficiente.

—Desde luego, cuente conmigo. Le deseo todo lo mejor, señorita Sanders. Si alguna vez pasa por aquí...

Meg sonrió con tristeza, le habría gustado poder darle un abrazo, pero le daba demasiada repulsión.

Se alejó caminando por la acera arrastrando su maleta sobre las ruedas traseras mientras él la seguía con la mirada, en la misma posición, sin moverse.

Cuando llegaba a la siniestra casa de empeño J. K. Larry Jewelry Exchange, oyó la voz del señor Borkowski que gritaba:

—Ya sabía que algún día ese cerrojo montado del revés serviría para algo.

Meg dobló la esquina arrastrando la maleta tras ella, sin volverse, y desapareció de su vista.

¿Te ha gustado y quieres leer más?

No lo dudes encuéntralo en:

<http://viewBook.at/Y-Azul>

...

Muchas gracias.